Cervantes y el Greco ¿se conocieron?

Félix del Valle y Díaz.
Numerario.

Artículo inédito con motivo del IV centenario de la publicación de la primera parte del Quijote, como modesta aportación a este homenaje.

PRESENTACIÓN

En mi primera incursión en ese apasionante mundo que acota el género literario de la novela, me atreví a novelar un imaginario robo de un cuadro del Greco, e involucré en uno de sus capítulos a la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, para que actuara en el reconocimiento de la buenísima copia que los ladrones habían dejado sustituyendo al original. Inventé un grupo de académicos para el dicho reconocimiento, a los cuales describí de forma que le fuera fácil al lector su identificación con los personajes reales.

La novela se llamaba *"Kres-Toledo"*. Y no doy el nombre en busca de posibles lectores, pues se agotó a los pocos meses de su publicación, no por ningún éxito de *"best seller"* sino por una escasa tirada no venal de la entonces Caja de Ahorro de Toledo, que la dio a la luz en su sección de publicaciones por haber quedado finalista de aquél concurso de novela corta organizado por la Casa de la Mancha en Madrid en 1986. Menciono el nombre de la novela con la única intención de que pueda verificarse lo que hoy escribo en esta breve presentación.

Cuando escribí aquello, era director de la Real Academia toledana el doctor don Rafael Sancho de San Román, a quien está dedicado el libro homenaje que acoge el artículo que sigue a esta presentación, junto a los de otros compañeros. He querido que lo que entonces pensaba de él, pueda encabezar las páginas de mi modesto homenaje, sencillamente porque mi idea sobre Rafael Sancho no ha variado, antes bien, ha mejorado. Pero no queriendo yo dejarme llevar por un fervor circunstancial, recurro a lo escrito hace veinte años para evitar toda duda sobre un halago rebuscado para tal fin. El párrafo que extraigo, es el siguiente:

"...El director procedía de la sección de Ciencias Históricas de la propia Academia. No era artista, pero había hecho numerosas e importantes investigaciones sobre el cretense".

"Doctor en medicina, uno de los pocos doctores entre los médicos toledanos y especialista en psiquiatría, había estudiado la personalidad del pintor visionario. Se le tenía, pues, por un hombre conocedor del Greco como persona".

"El doctor Sotomayor gozaba de un gran prestigio profesional en Toledo. Era hombre que, cosa extraña en ciudad de cincuenta mil habitantes, donde todo el mundo se conoce, o se vigila, o mejor dicho, donde todo el mundo conoce al que destaca, se salvaba de la envidia de sus conciudadanos. ¿Estarían de por medio sus vastos conocimientos de psicología? No, no necesitaba recurrir a ellos para hacerse perdonar sus triunfos. Su natural sencillez era el mejor escudo contra esas provincianas agresiones".

"Todo el mundo sabía de sus conocimientos sobre Doménico Theotocopuli, pintor y hombre, y por ello, además de cómo director, formó parte del pequeño grupo de académicos que investigaría aquella noche en la Casa del Greco..."

CERVANTES Y EL GRECO.

Nacieron los dos en la misma década, la de los cuarenta del mil quinientos; el Greco había nacido en 1541 y Cervantes en 1547. Y murieron los dos también en la misma década: el Greco en 1614 y Cervantes en 1616. Ambos coincidieron en fechas en la ciudad de Roma. También coincidieron sus vidas en los mismos días en Toledo. Y hay muchas razones para pensar que coincidieron los dos en Sevilla, y que allí pudieron también haber entablado amistad, si es que ésta no había surgido entes.

Mas, el hecho de la celebración del IV centenario de la publicación del Quijote, no ha de obligarnos a forzar encuentros entre Cervantes y el Greco, que tal vez no tuvieron. Fueron contemporáneos, sí; coincidieron sus vidas en este mundo, estuvieron ambos en Italia y en Sevilla en las mismas fechas, y vivieron los dos en Toledo en algún momento de finales del siglo XVI y comienzos del XVII. Pero, ¿llegaron a conocerse? Algunos piensan que sí. Incluso hay quien pretende identificar a Cervantes entre los caballeros de la fila que asisten al "*Entierro del Conde de Orgaz*". No vamos a negar esta cuestión. Ni la vamos a afirmar. Sólo mostraremos datos que podrían llevarnos a pensar que fuera cierto, y daremos argumentos para ponerlo en duda. Hablaremos brevemente de otros posibles encuentros en Roma y en Sevilla desde ambas posiciones, con lo que sólo puedo garantizarles que, después de leer este artículo, la duda permanecerá, aunque les haya dado a ustedes motivos para poder pensar que estos dos genios de los comienzos del Barroco se conocieron y fueron amigos.

Como es sabido, el Greco pintó por encargo el famoso cuadro de "*El*

Entierro del Conde de Orgaz" que habría de inmortalizar el momento en el que, según creencia popular, bajaron del cielo San Agustín y San Esteban a sepultar con sus manos el cuerpo, mientras el alma era elevada a la gloria, del que fuera gran señor de la villa de Orgaz, cristiano caballero y devoto protector de la parroquia de Santo Tomé.

El Greco imaginó la escena en un lugar cerrado y oscuro, la capilla donde hoy se encuentra instalado el cuadro, en la que se está enterrando al conde, iluminada sólo por las antorchas de algunos acompañantes y

Cuadro del "Entierro del conde de Orgaz".

por la luz que sale de un cielo roto por las nubes que le separan de la escena terrenal donde se efectúa el enterramiento. El Greco nos narra con sus pinceles la ceremonia jugando con un curioso anacronismo: al entierro, ocurrido en 1323, han acudido los amigos del señor de Orgaz que el pintor representa en los caballeros más sobresalientes de la intelectualidad toledana del 1586. Hay que suponer que estos caballeros de la fila son todos conocidos del pintor de Creta, y muchos de ellos amigos suyos. No son cabezas imaginadas sino retratos ya identificados en su mayoría. Les ha vestido con jubones negros que se confunden en el oscuro fondo del cuadro, y con golas blancas que destacan en fila ayudando a la división de la composición pictórica. Los caballeros del duelo y el mismo conde al que se entierra, están vestidos a la usanza de la época en que el cuadro fue pintado. Y alguien, como digo, pretende ver el rostro de Miguel de Cervantes entre los caballeros que el Greco ha retratado en la fila, muchos de ellos, según se demuestra por las identificaciones, amigos del pintor griego, con quienes probablemente compartiera tertulias vespertinas en su estudio del palacio del marqués de Villena, mientras caían las tardes toledanas y el sol se escondía detrás del puente de San Martín.

Vamos a mencionar las identificaciones, más o menos seguras, de los caballeros de la fila que forman el cortejo funerario, haciendo un comentario sobre el rostro que para unos pueda ser el de Cervantes, aunque dejándolo en duda, ya que no estamos seguros de tal identificación.

El primer caballero, empezando por la izquierda, podría ser don Juan López de la Cuadra. Y, siguiendo la fila, después de pasar los dos frailes que hablan entre sí, tenemos a don Diego de Covarrubias. El siguiente podría ser el monje pintor Juan Bautista Maíno. Y nos encontramos ya con el único caballero que nos mira, que es el autorretrato del Greco. El siguiente es don Juan Hurtado de Mendoza, quien en esos momentos, cuando el cuadro se pintó, era el conde de Orgaz, sucesor directo del señor de Orgaz al que se enterraba. El rostro de joven imberbe aunque con fino bigote que parece más alto que los demás, es don Juan de Austria), aunque ya advierte Gómez Menor que "*sin ningún fundamento*"[1]. Sin men-

Fila de caballeros.

Joven imberbe.

cionar los nombres de quienes esto creen, me voy a permitir hacer alguna objeción a esta atribución: el joven aquí representado aparenta contar no más de veinticinco años, probablemente algunos menos. Si tenemos en cuenta que el cuadro fue pintado en 1586, y la batalla de Lepanto que se desarrolló con éxito bajo el mando de don Juan de Austria, tuvo lugar en 1571 teniendo bajo su mando una flota de 300 naves y 30.000 hombres, habríamos de descontar quince años de la fecha de ejecución del retrato a la de la batalla. Esta resta de fechas situaría al joven imberbe contando diez años o menos en la fecha de la singular batalla. Pero no hay que recurrir a operaciones matemáticas de este tipo; basta conocer la fecha de nacimiento del hermano de Felipe II y la de su muerte: 1545 y 1578 respectivamente, para descartar que el rostro que comentamos pertenezca a don Juan de Austria. Es decir, de haber vivido don Juan cuando se pintó el cuadro, contaría 41 años, edad que evidentemente no representa el retratado; además, don Juan llevaba muerto ocho años cuando el Greco pintó El Entierro. A pesar de esto, podría haber quien dijera que el Greco, en su afán de complacer a Felipe II con la esperanza de un puesto en El Escorial, habría solicitado un retrato del ya fallecido don Juan, para incluir su rostro en el gran cuadro del Conde de Orgaz. Pero, comparado este retrato con el conocido como verdadero pintado por Alonso Sánchez Coello, que se exhibe en el Museo del Prado vemos que no hay el más mínimo parecido entre los dos retratados. Siguen a este rostro un grupo de siete caballeros, cuatro a los que apenas se les ve y que por ello no parecen retratos, y tres retratos sin identificar de los que enseguida hablaremos. Continuando con las identificaciones vemos después de este grupo al que pudiera ser don Antonio de Leyva; después a don Antonio de Covarrubias; don Francisco de Pisa; don Andrés Núñez de Madrid, párroco que encargó el cuadro; un caballero sin identificar; don Pedro Ruiz Durán y otra cabeza sin identificación.

D. Juan de Austria. (Museo del Prado)

Volviendo a los tres caballeros del centro que no han sido aún identifica-

Tres caballeros de la fila del Entierro.

dos, diremos que es en este grupo en el que algunos estudiosos del cuadro quieren ver a Miguel de Cervantes. Descartemos de los tres como al autor del Quijote al de la derecha del mencionado grupo que ostenta sobre su pecho la cruz de Santiago, orden a la que no tenemos noticias de que perteneciera Cervantes. Nos quedan sólo los otros dos a los que, comparándolos con el retrato del príncipe de los ingenios pintado por Juan de Jáuregui en 1600, o por el que se encuentra en la Real Academia de la Lengua, no le sería difícil a cualquier buscador que pusiera voluntad en ello, encontrar parecido a estos dos retratos con cualquiera de los dos retratados del Entierro. Los cuarto tienen bigote y barba puntiaguda, frente despejada y gola blanca rizada a la usanza de la época; mas, si entre los dos del Entierro, el que mira al Cielo tiene el cabello y la barba negra, no la tiene así el caballero que mira hacia abajo, pues hay unas pinceladas en los mechones que parten de su frente, así como en su barba y bigote, que nos hacen pensar en un hombre rubio o que haya podido serlo en su juventud. Recordemos la descripción que Cervantes hace de sí mismo en su "*Prólogo al lector*" de las "*Novelas*" donde dice entre otras cosas que es "*algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies*" y que tiene "*las barbas de plata que no ha veinte años que fueron de oro*".

Pero no se trata sólo de poner voluntad y empeño en la comparación de estos retratos; hay que tener en cuenta otros datos. Por ejemplo, ¿estaba Cervantes en Toledo en 1586, año en se pintó el cuadro? Ninguno de

Retrato de Cervantes, en la Real Academia de la Lengua.

sus biógrafos puede asegurarlo plenamente. Yo tampoco. Según sus historiadores más avezados, entre 1585 y 86, Miguel se encontraba a caballo entre Esquivias y Madrid, y en el 87 se marcha a Sevilla. Se había casado en Esquivias el 12 de diciembre de 1584 con doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, joven de veinte años, huérfana reciente de padre, procedente de una familia acomodada cuyos parientes no aceptaban de buen grado a Miguel. ¿Pesó en sus ánimos el que Cervantes fuese un ex soldado manco de la mano izquierda, ex cautivo, sin otro porvenir que la esperanza de las publicaciones de sus obras? ¿O tal vez conocía la familia de la novia el nacimiento meses antes de una hija ilegítima de Miguel, habida con una mujer joven, casada, en Madrid? En todo caso, la boda se celebró, aunque sin otros testigos familiares que el cura que los casó, tío de la novia.

Y Miguel se fue a vivir a la casa de su suegra en Esquivias. A los pocos meses de la boda encontramos a Cervantes en Madrid, firmando contrato con Gaspar de Porres el 5 de marzo del 85, para escribir sus obras "*La Confusa*" y "*El trato de Constantinopla*". Se acuerda la venta por aquellos días de "*La Galatea*" "*a tres maravedíes el pliego escripto en molde*", venta que se realiza "en la tienda de la Puerta de Guadalajara, de Blas de Robles, el hijo de su editor alcalaíno quien veinte años después editaría el "*Quijote*". Y en Madrid se queda a escribir y gestionar su producción. No está su esposa con él en esta efervescencia literaria de Madrid. Creemos que estos compromisos de trabajo y sus consiguientes éxitos los está viviendo el escritor sin su mujer. El 13 de junio del 85 fallece el padre de Miguel de Cervantes en Madrid; las noticias que tenemos son que "*al funeral asistieron Catalina y su madre, venidas de Esquivias*". Sigue ese verano el escritor en la capital al parecer solo, pues el 1 de agosto lo hallamos firmando en Madrid como testigo de un reconocimiento de deuda.

No es el momento de analizar la causa por la que un hombre de 38 años, recién casado, pasa sus días sin su esposa de 20 primaveras. Lo lógico es que hubiera viajes esporádicos a Esquivias. Y lo pensamos porque, si en aquella época los viajes de Madrid a Toledo se hacían en dos jornadas en carros o a lomos de mulas, como lo demuestra la existencia de la famosa posada de Illescas en la que había que hacer la obligada parada que dio nombre al lugar: "*Illic quiescas*", descansarás aquí, al encontrarse Esquivias cerca de Illescas y por ello también a una jornada de Madrid, parecería natural que el esposo perdiera de vez en cuando un día para encontrarse con su mujer. Pero más natural encontraríamos que ambos hubieran vivido juntos. Creemos que habría otras causas que dieron lugar a aquella situación tal vez relacionadas con desavenencias familiares.

Nos resistimos a comentar siquiera ciertas insinuaciones acerca de una supuesta homosexualidad; más bien queremos suponer a Cervantes una vida de licencioso mujeriego, fácilmente deducible por su trato con Ana de Villafranca, madre de su hija ilegítima, y por su conocida y duradera amistad con Juana Gaitán, morisca conversa, natural de Esquivias.

Mas, como lo que nos interesa es poder situar a Cervantes en Toledo en el año 1586, para haber podido ser retratado por el Greco en su "*Entierro del Conde de Orgaz*", sigamos buscando a Miguel por los recovecos de dicho año.

En los últimos días de 1585, está Cervantes en Sevilla hospedado en la posada de su amigo Tomás Gutiérrez, quien figura entre los testigos de unos documentos de préstamos y de depósitos en un banco, pero en 1586 está de nuevo en Madrid donde ingresa en la Sociedad Literaria llamada Academia Imitatoria. Y el 9 de agosto del mismo año, 1586, regresa a Esquivias a recibir la dote de su esposa y entregar la suya, siguiendo lo pactado al celebrar la boda dos años antes. En ese momento es designado Cervantes por su suegra administrador de los bienes familiares, tal vez en un intento (fallido, por cierto) de retener al yerno junto a la familia. Ya tenemos una fecha de 1586, aunque sea en Madrid y en Esquivias en agosto. A pesar de no haber encontrado constancia de ello, podíamos suponer que Cervantes viajara en esos días a Toledo a solventar asuntos legales en relación con los bienes familiares de su suegra. De haber sido así, aún le quedaban cuatro meses al año 86; tiempo suficiente para que el Greco y él se conocieran, si no se habían conocido antes, y para que el pintor pudiera incluirle en su "*galería de retratos*" del "*Entierro*" que fue terminado en diciembre de 1586, no sin reconocer que un retrato de tal categoría no pudo haber sido pintado en un apresurado viaje, sino en varias jornadas posando ante el pintor. Pero, volvamos a repetirlo: no tenemos constancia de ello. Habremos de suponerlo, solamente.

Aunque el encuentro entre nuestros dos hombres sólo lo supongamos, sí hay que tener por evidente la presencia de Cervantes en Toledo. Varios autores dan por cierto que fue en la "*peñascosa pesadumbre*" donde Cervantes escribió "*La Ilustre Fregona*"; pero esta corta novela no fue escrita en 1586. No obstante, se sabe que en esta ciudad estuvo Cervantes antes de la batalla final de la Armada Invencible, es decir, antes del 1588. Pero tuvo que ser en fechas muy cercanas a dicha batalla, pues en Toledo se entera de ciertos secretos relacionados con los preparativos de la batalla final de la Armada Invencible, por lo que suponemos que sería unos meses antes del nefasto acontecimiento o como mucho, a finales del 87,

o sea después de que el Greco pintara El Entierro del Conde de Orgaz. Según Antonio Cabezas, "*Cervantes se relaciona en Toledo con personas importantes venidas de Madrid y Sevilla, y recibe información de acontecimientos que no habían llegado al rincón de Esquivias. Se entera de que Felipe II prepara secretamente una gran escuadra para atacar Inglaterra; que se hacen preparativos en el virreinato de Nápoles y Sicilia y que el gobernador de Milán ha recibido órdenes de enviar navíos, infantería y municiones*".

"*También se informa Cervantes de algo que le importa personalmente. Por imposibilidad de trasladarse a Sevilla el consejero de Hacienda Antonio de Guevara, nombrado proveedor general para abastecer la gran flota en formación, éste había delegado en el licenciado don Diego de Valdivia, a quien conocían amigos sevillanos de Miguel, entre ellos el ex-cómico y posadero Tomás Gutiérrez*"[2]. Estuvo en Toledo Miguel quizás unos meses antes de 1588, y aprovechó informaciones aquí recibidas mientras fijaba en su mente el regreso a una Sevilla preñada de oportunidades para él, tras las noticias recibidas. Su amigo Tomás Gutiérrez le sería de mucha ayuda. Aunque estemos seguros de su presencia en Toledo y de las informaciones recibidas, seguimos sin la seguridad de que la estancia tuviera lugar entre agosto y diciembre de 1586, fechas en las que habría podido ser retratado por El Greco antes de terminar su gran cuadro.

Abandonemos por el momento esta primera incógnita. Si el señalado como posible retrato de Cervantes, fuese ciertamente el autor del Quijote, supondría que ambos artistas se conocieron y que hubo cierta amistad entre ellos; yo siempre he sostenido que entre retratado y retratista surge una corriente afectiva propiciada por las mutuas observaciones y cruces de palabras mientras el uno contempla al que posa y el otro al que trabaja. Pero, digámoslo una vez más: sólo es probable que así fuera.

Mas hay otras coincidencias en la vida de estos dos hombres de finales del Renacimiento y comienzos del Barroco, que nos pueden crear incertidumbres esperanzadoras acerca de su posible amistad.

ROMA.

Miguel de Cervantes había llegado a Roma a finales de 1569. Allí tomó contacto, que sepamos, con los banqueros Pirro Bocchi y Francesco Mussachi, a quienes iba recomendado por el que fuera alguacil de Madrid, Alonso Getino de Guzmán, con quien el padre de Cervantes tenía alguna amistad. Estos banqueros debieron recomendar a su vez a Cervantes para que entrara al servicio del joven patricio Acquaviva, que sería pronto elevado a cardenal. Durante un año, y antes de incorporarse a la

armada de don Juan de Austria en 1571, desempeña con Acquaviva la labor de criado distinguido y ayuda de cámara; tiempo que aprovecha para conocer las más importantes obras de arte italianas y, por qué no, tiempo en el que pudo haber tomado algún contacto con el también joven pintor griego que, desde las tertulias del palacio del cardenal Farnesio, iniciaba contactos con el clero romano y con las obras de arte italiano.

El Greco había llegado a Venecia en 1566 procedente de su tierra natal que por entonces era colonia veneciana , de allí se trasladó a Roma en 1570, es decir, un año después de la llegada de Cervantes a la Ciudad Eterna y un año antes de que Cervantes se alistara como soldado en la armada de don Juan de Austria. El Greco, de la mano de su compatriota y amigo el miniaturista Giulio Clovio, entra en el círculo cultural del palacio del cardenal Alessandro Farnesio, regentado por Fulvio Orsini, quien se ocupaba de las librerías del palacio a la vez que de la organización de la rica colección de arte.

Volvemos a encontrar aquí otra posibilidad de que Cervantes, atraído por la importante biblioteca del palacio Farnesio, tomara contacto, como paje de Acquaviva, con el bibliotecario y canónigo Orsini. De haber sido así, no podría extrañarnos que, en las tertulias que sabemos se organizaban en el palacio Farnesio, hubiera, como hemos dicho, entablado amistad con el pintor griego Dominico Theotocópuli, ya que es natural el desarrollo de amistades entre contertulianos; pues allí fue, como sabemos, donde el Greco conoció al clérigo de Toledo don Luis de Castilla, hijo (aunque otros digan hermano) del deán de la catedral toledana don Diego de Castilla, quien ya estaba dirigiendo en Toledo las obras de Santo Domingo El Antiguo administrando el deseo testamentario y los bienes de doña María de Silva. Pudieron haberse conocido en estas tertulias, pero es un hecho que una vez más dejamos a la posibilidad, ya que tampoco disponemos de datos que nos lo puedan corroborar.

SEVILLA.

Era Sevilla por entonces la ciudad más importante de la península y se encontraba en pleno desarrollo comercial gracias entre otras cosas a su movimiento portuario. En ella se había establecido el padre de Miguel, Rodrigo de Cervantes, en 1556 con su familia, a ejercer el oficio de cirujano. Pasados diez años y, a causa de un proceso judicial por deudas, la familia abandona la capital hispalense y se traslada a Madrid. Pero Miguel de Cervantes volvería varias veces a la capital andaluza. En 1585 le encontramos allí recibiendo un préstamo; y en 1587, firmando

un documento por el que deducimos sus escasas intenciones de volver a Esquivias. Este documento es un poder a favor de su esposa "*para demandar, rreçebir, aver e cobrar todos o cualesquier maravedíes, pan, trigo y cebada y otras cualesquier cosas que a mí o a vos son e fueran devidas e pertenecientes por cualquier persona o personas vecinas de cualquier parte, (...) y para que podáis vender o vendáis cualesquier vuestros vienes y míos*"[3]. Podemos deducir por esto que Miguel, ya en Sevilla, ha puesto en funcionamiento a sus amigos para conseguir un empleo en relación con los secretos preparativos de guerra de Felipe II.

Algo más tarde, encontramos a Cervantes en Sevilla actuando ya como Comisario de Provisión de Galeras del Rey, cargo sin duda obtenido como compensación de sus servicios a la corona, tras varios intentos de alcanzar un puesto importante en Las Américas, y ejerciendo también de recaudador de impuestos; ocupaciones de las que obtenía importantes beneficios propios. No tenemos ninguna duda de la intervención de sus amigos sevillanos para alcanzar estos empleos; su fiel amigo, el adinerado ex cómico y prestigioso posadero Tomás Gutiérrez, le habría sido de gran ayuda. Para darnos una idea de las influencias de Tomás entre gente principal, veamos una declaración suya para ser admitido en la cofradía del Santísimo Sacramento del Sagrario: "*No es verdad que yo sea mesonero. Yo tengo una casa de las principales de la calle de Bayona, frente a las gradas de esta ciudad, de que pago en cada año a don Diego Mexías de las Ruelas, trescientos ducados, en la cual sirvo y recibo por huéspedes al duque de Alba y duque de Osuna, marqués de Priego, duque de Francavilla, marqués de Villanueva, duque de Segorbe, don Luis de Haro, hermano del marqués de Carpio, marqués de la Yatarra, auditores de Roma y el Nuncio, auditores de las Galeras de España, jueces de la Mesta, generales y maeses de campo, oidores, inquisidores, jueces del Rey y otros grandes de España, que por no haber en esta ciudad casa y hospedaje para el efecto, más honrado ni acomodado, vienen a aposentarse a ella, lo cual es público y notorio, como lo es que tengo en mi casa esclavos y esclavas que la sirven, camas con muy buen trato de mi persona, y en plata labrada y aderezos de mi casa tengo seis mil ducados empleados*"[4].

Sin duda su influyente amigo sirvió para inclinar la balanza a favor de Miguel, si es que había dudas entre los principales que habrían de decidir sobre a quién otorgar cargos tan suculentos. Disponemos de un dato que corrobora nuestra opinión sobre las ganancias de Cervantes en sus cargos, pues, por estos días, da rienda suelta a sus gustos bibliófilos "*comprando libros muy por encima de sus posibilidades*" y viviendo en la posada más lujosa de la ciudad: la de su amigo Tomás Gutiérrez, frente a la catedral.

En todo caso, Miguel se ha afincado en Sevilla donde está ganando más dinero del que hubiera ganado nunca. Había llegado por primera vez a esta ciudad, como ya hemos dicho, en 1566 con su familia, contando 19 años de edad y ausentándose después con ella. Y más tarde, en septiembre de 1569, cuando aún no había cumplido los 22, volvió apresuradamente a la ciudad hispalense huyendo de la justicia por haber herido en Madrid a un tal Antonio de Sigura, delito por el que podían condenarle a un destierro del reino durante diez años y a la amputación de la mano derecha. De Sevilla partió a Italia donde inició un período de su vida que comprende su alistamiento en la armada de don Juan de Austria, batallas y cautiverio, de lo que no nos corresponde hoy ocuparnos. Sólo recordaremos que, de regreso de su vida de soldado, y después de su casamiento y alternancia de su vida entre Madrid y Esquivias, decide, en 1587, abandonar su vida poco rentable con la esperanza de ganar algún dinero en Sevilla, y ejerciendo sus trabajos oficiales por Andalucía, con algunos regresos esporádicos a Madrid y otros avatares que no vienen al caso, permanece allí por espacio de trece años, tiempo suficiente para haber podido tomar contacto con el Greco en algún momento, pintor de cuya relación con esta ciudad hablaremos acto seguido.

EL GRECO EN SEVILLA.

Pido perdón al lector por si le pareciera que me deleito más en las explicaciones sobre el Greco que lo haya podido hacer con las de Cervantes. La razón es bien sencilla: mi vecindad y amistad intemporal con el pintor. Yo vivo a pocos pasos de donde el Greco vivió. De hecho, salgo todas las noches a pasear sobre lo que fuera su casa; el paseo del Tránsito es testigo de mis reflexiones mientras piso la tierra que cubre lo que fueran un día sus dependencias domésticas y su estudio en el palacio del marqués de Villena. Y me asomo al borde del acantilado a contemplar el mismo río que él viese en sus noches de insomnio. Y la misma luna. Y las mismas estrellas. Y escucho el mismo murmullo que producen las aguas del Tajo en su choque con los contrafuertes del puente de San Martín. Pero, ¡ay!, es el mismo río y la misma luna y las mismas estrellas, pero no las mismas aguas; aquellas se fueron corriente abajo hasta fundirse en el mar de los siglos. No son las mismas aguas que contemplara el Greco; ni las mismas que Cervantes mirase desde el borde del Carmelo, por donde se descolgara una noche aquel frailecillo, Juan de la Cruz, perseguido por quienes años después lo elevarían a los altares. Abrigo de Teresa de Jesús y viceversa. Por cierto, ¿se llegarían a conocer los cuatro?

Les pido perdón por esta cuña sentimental. Sigamos nuestra tarea de contemplar las coincidencias de fechas y de lugares que Cervantes y el Greco vivieron, que es lo que hoy nos ocupa.

Francisco Manuel de Melo, escritor y militar portugués, unos cuarenta años después de muerto el Greco, escribe: "*...se foi a Sevilha em tempo de frota, e tantos ricos feitios pintou, até que fiçou rico, conheçendo que o estava, tornou-se a solene pintura, a que o chamava seu natural, diciendo: antes quero vivir mísero que rudo*" (Manuel de Melo, 1611-1667)[5].

Cuando hubo muerto el Greco en 1614, Manuel de Melo contaba tres años de edad. Esta frase suya, por tanto, era producto de lo que hubiera oído decir del candiota; y, aunque las palabras que en ella le atribuye al cretense de "*antes quiero vivir mísero que embrutecido*" fueran en verdad dichas por el Greco, no podemos asegurar que otras del resto de su frase fueran ciertas; el escritor portugués pudo haber oído que el Greco tuvo negocios en Sevilla, y ello llevarle a asegurar que "*se foi a Sevilha*".

No obstante, este es el único de los datos manejados que nos habla de una presencia física del Greco en Sevilla. ¿Podremos dar crédito a un escrito de alguien que sólo conoció de oídas al pintor griego afincado en Toledo, sin que respalde su aserto con documentación alguna? Pero aunque no tengamos la certeza de la presencia del propio Greco en Sevilla, sí la tenemos de sus intentos de comercio en aquella ciudad portuaria. Y de que Preboste, su ayudante, o su hijo Jorge Manuel estuvieron en Sevilla representándole. Dejamos sólo a la probabilidad, pues creo que sólo es probable, que también el propio Greco se desplazara en algún momento a aquella bellísima ciudad, distante de Toledo más de ochenta leguas, es decir, a unos catorce días en mula. De estas conexiones que podemos llamar comerciales vamos a hablar con seguridad documentada, dejando de nuevo a la suposición el posible contacto entre nuestros dos hombres en la ciudad hispalense.

Coincidiendo con los años de Cervantes en Sevilla, el Greco estaba pasando ciertos apuros económicos en Toledo, debido al aumento de sus gastos después de haber acomodado su casa y taller en unas dependencias del palacio de Villena en 1585, del que primero ocupó "tres moradas", pasando algun tiempo después a ocupar un total de veinticinco estancias en el referido palacio. En esas dependencias de alquiler palaciegas, que podríamos llamar "*de lujo"* por su amplitud, el pintor había aumentado sus gastos; tenía ayudantes a quienes pagar al frente de los cuales se encontraba Preboste, y una sirvienta, María Gómez, además de los otros gastos de acumulación y secado de maderas para la construcción de retablos,

a los que ya se dedicaba con más asiduidad desde que tenía espacios para ello. Como todos sabemos, el Greco pasó la mayor parte de su vida pleiteando sobre los precios de sus obras; lo que implicaba que le fuera retenida la total liquidación de sus trabajos hasta concluido el pleito, y con ello suspendida la entrada de dinero en su casa y taller que él tenía que mantener. Pensó el Greco poner remedio a esto y, enterado de las salidas periódicas desde el puerto de Sevilla de mercancías destinadas a Las Américas, quiso probar fortuna enviando allí lo que él llamaba "*trabajos de pacotilla*" para la exportación.

Empezó pintando algunos lienzos pequeños por encargo para algunos sevillanos que pretendieron comerciar con ellos; y terminó contactando con agentes portuarios que gestionaran sus envíos, que acabaron siendo, según yo creo, grabados calcográficos sobre papel reproduciendo sus obras religiosas, tal vez con la intención de que sirvieran como estampas de devoción en el Nuevo Mundo. Antes de tomar contactos con los agentes del puerto, el Greco fue rompiendo relaciones con aquellos sevillanos que no habían gestionado bien sus transacciones. La primera de estas rupturas la conocemos a través de documento descubierto por Borja de San Román, fechado el 1 de julio de 1588, (ya estaba allí Cervantes) en el que el propio Greco y su criado Francisco Preboste, otorgan poder a Jerónimo González y Pedro López de Párraga, residentes en Sevilla, para cobrar el importe de unas imágenes de San Pedro y San Francisco, del Greco, que habían sido enviadas por encargo de don Diego de Velasco, y que estaban pendientes de liquidar. Debieron pasar algunos años hasta que el Greco encontrara el camino correcto para aquellas comercializaciones, pues, en otro documento de la misma fuente, fechado en mayo de 1597, autoriza a un genovés residente en Sevilla llamado Julio Agustín Ansaldo, para que, dirigiéndose a otro sevillano de nombre Pedro de Mesa, "*podáis pedir, demandar, recibir y cobrar de sus bienes y de quien por él lo deba entregar (...) todas las imágenes de pintura y lienços y otras cosas que yo el francisco preboste le enbié a la dicha ciudad de Sevilla para que las bendiese, las cuales son de mí el dicho dominico griego; y tomalle quenta de lo que ubiere procedido dellas, y si alguna ubiese bendido, recibir y cobrar los maravedíes que dellas obiese procedido*"[6].

Si la intención del Greco era paliar con sus envíos a Sevilla la falta de liquidez dineraria por la que pasaba a causa de la retención de sus liquidaciones mientras pleiteaba, no encontró la solución en los primeros intentos. Mas a pesar del poco éxito comercial a través de los sevillanos, el Greco encontraría después el camino correcto para sus envíos allende los mares desde Sevilla.

No somos los únicos en encontrar que la actividad del Greco como grabador coincide con algunos de sus pleitos. Fernando Marías y otros también lo han apuntado. En cuanto a los frecuentes pleitos sobre el pago de sus obras, no habremos de cargar las culpas sólo al pintor: él era el más perjudicado. No olvidemos que después de haber ejecutado su obra soportando los gastos propios en los días o meses de realización, en los que en la mayoría de los casos había gastado con creces los anticipos, tenía que aguantar los largos pleitos hasta conseguir cobrar. Para lo que a veces pasaban algunos años. No obstante, habrá que reconocer al Greco algún orgullo profesional al no permitir que se valorase mal su trabajo. No olvidemos que venía de una cultura, la italiana del "*cinquecento*", en la que probablemente se tenía más en cuenta la dignidad del artista que aquí.

En cualquier caso, fueran los culpables los clientes o lo fuera el artista, lo cierto es que el Greco no salía de un pleito cuando empezaba otro, lo que perjudicaba casi constantemente su economía; pues mientras ello, quedaba retenida la total liquidación del trabajo del artista y suspendida la entrada de dinero en su casa y taller, para cuyo mantenimiento se vio obligado a buscar otras fuentes de ingreso ajenas a sus encargos de grandes obras.

Por esto pensamos que la actividad de grabador del Greco fue esporádica. Tal vez obligada por la necesidad de conseguir dinero con una producción "*barata*" en la que no empleara mucho tiempo, y que podría solucionar sus problemas económicos mientras se discutían judicialmente los precios de sus grandes obras de arte.

Conviene aclarar antes de seguir, a qué clase de grabado nos estamos refiriendo cuando hablamos del Greco grabador. Nos referimos al grabado para reproducciones calcográficas que desde el siglo XV se hacía sobre planchas de madera de boj y posteriormente sobre planchas de cobre o de hierro. Como es sabido, sobre la madera se grababa con finas gubias dejando en relieve los perfiles que se entintarían luego; y sobre cualquiera de los metales mencionados se grababa a buril o al ácido en el sentido contrario que en la madera, o sea, dejando las líneas que habrían de entintarse incisas sobre el fondo. Es cierto que no se conocen muchos grabados del Greco, pero los pocos que han llegado a nuestros días tienen el sello inconfundible de su mano; tienen su concepto de la representación expresiva y la línea nerviosa de su trazo, que da tanta vida a sus creaciones, huyendo, como huye en su pintura, del estatismo que puede producir la visualización de los perfiles demasiado perfectos en sus personajes.

¿Por qué no se conocen más grabados del cretense, habiendo hecho, como hay que suponer, una gran cantidad de ellos? En el primer inventario de los bienes del Greco después de su muerte en 1614, habla Jorge Manuel de "*zien estampas hechas en casa*", que no hay que confundir con dibujos puesto que acto seguido nos habla de ellos: "*ciento y cincuenta dibujos, treinta trazas...*" Menciona también en este inventario "*diez planchas de cobre talladas*", o sea, diez planchas grabadas para reproducción calcográfica por estampación. En el segundo inventario de 1621, se muestra Jorge Manuel más minucioso en la descripción y nos habla de "*doze planchas de cobre talladas*", en lugar de diez.

Partiendo sólo de las doce planchas de cobre talladas del inventario de sus bienes, podemos deducir algunos miles de grabados conseguidos con ellas. Hoy se considera normal la obtención de 150 o 200 copias de cada plancha grabada. Así lo dicen al menos los márgenes escritos a lápiz de muchos grabados actuales: "*equis de 150 o de 200*"; y ello pensando en la buena fe del autor al declarar con honestidad la tirada de sus grabados. Creemos que en aquellas series de grabados del Greco para ser destinados a la exportación, pudieron haber hecho el Greco o sus ayudantes tiradas sin las limitaciones hoy en boga. Pues esto siempre ocurría cuando el grabador se convertía en editor de su trabajo, como fue el caso del Greco. Por poner otro ejemplo, mencionemos el caso de Hyeronimus Cock, de Amberes, protegido de Tiziano en Venecia, que reprodujo cuadros de su protector grabados, con su autorización "hasta que las planchas se gastaran".

El Greco grabó al ácido sus planchas, que luego fueron retocadas a buril por su ayudante para estos menesteres, Diego Astor. Grabar al ácido para un pintor o buen dibujante, requiere únicamente la pericia que el artista pondría en sus dibujos a plumilla; sólo que en este caso, el artista dibuja con agujas sobre planchas metálicas debidamente enceradas. Aunque no pretendamos dar hoy aquí una lección de grabado, sí conviene aclarar algunas cosas de cara a quienes creen que los grabados del Greco fueron hechos por el mencionado Diego Astor, que fue, como ya hemos dicho, ayudante del Greco en estos trabajos. Sirvan, pues, las explicaciones que siguen, como defensa de la autoría del Greco de sus grabados en los que aparece la firma de Diego Astor junto a la suya.

Es natural que un artista como el Greco, dedicado a crear arte mayor, quisiera tener a su lado un ayudante especializado que le auxiliara en el tiempo a emplear en su dedicación esporádica de lo que podríamos llamar arte menor. Este arte, el grabado para la obtención de estampas, requiere en su elaboración más tiempo en las labores mecánicas que en

el trabajo artístico o de creación. El grabado de las planchas al ácido, lo hace el artista con la facilidad que haría un dibujo a plumilla sobre papel, con la única diferencia de que el soporte en vez de papel será una plancha metálica debidamente encerada. Mientras que las labores mecánicas en las que no es necesario ser un artista, constan de procesos como el encerado previo, la mezcla de ácido nítrico y agua hasta conseguir el "*agua fuerte*" preciso para cada clase y densidad de metal, la atención durante el proceso de "*mordido*" procurando mantener la misma distancia de la plancha bajo la superficie del ácido, y limpiando las burbujas con pluma de ave para evitar que unas líneas sean más profundas que otras, pues si el "*mordido*" resulta desigual, se desvirtuará la intención del artista en el resultado de la posterior impresión sobre el papel al quedar unas líneas más gruesas que otras.

Cuando el grabado se hace a buril, aunque no fuese este el caso del Greco, hay también ciertas labores mecánicas de por medio que restan tiempo al artista que creará la obra dibujando con buriles al sacar las virutas de las líneas sobre planchas generalmente de cobre. Estos son la preparación de la pez de sujeción, el constante afilado y puesta a punto de buriles y la posterior limpieza de la pez adherida al reverso de la plancha.

En los grabados del Greco aparece la firma de su ayudante Diego Astor, pero también está la firma del cretense. Nadie tiene razones para afirmar que estos grabados sean obra de Diego Astor y no de Dominico Greco. En una atenta observación vemos en ellos una primera realización al ácido, en la que aparece la firma del Greco y, en una segunda intervención con algunos toques de buril, se ha grabado la firma de Astor. Elegimos para este análisis el grabado de San Pablo y San Pedro en el que, mirado con lupa, descubrimos que la plancha fue grabada al ácido por la mano del Greco, empleando para ello agujas sobre plancha encerada. Una vez limpia esta plancha de la que seguramente obtendrían algunas pruebas en papel, el grabador ayudante y especialista en estas labores, da-

Grabado de San Pablo y San Pedro.

ría algunos toques de buril "*para mejorarla*" y grabó su firma, también a buril al lado de la del Greco, seguramente de acuerdo con este, con la intención de un resultado "*más bonito*" a la vista de los compradores de estampas.

No tenemos más remedio que lamentar la intervención de Diego Astor con sus toques de buril en los grabados del Greco. Seguramente lo haría para justificar su firma en ellos. Firma que ponían otros grabadores en las obras que ellos reproducían de otros autores, donde la mano del autor de la obra que copiaban no había tocado el grabado. En este caso, en los grabados del Greco, no sólo está incisa su firma de su mano a aguja con la grafía griega inimitable, sino que está presente en cada toque de aguja su también inimitable sensibilidad. Si Diego Astor hubiera limitado su labor de ayudantía sólo a las labores mecánicas y de reproducción por tórculo de la obra en papel, podríamos contemplar hoy estos grabados del Greco con la frescura que presentan sus dibujos; con el magnífico nerviosismo de sus trazos y la maravillosa falta de nitidez en sus perfiles. Traemos como ejemplo uno de estos dibujos de mano de nuestro pintor.

Disponemos de explicaciones más extensas que podrán dar luz sobre la autoría de estos grabados, para exponer las cuales no disponemos de espacio en el presente escrito. Tendremos ocasión de exponerlas en otro foro. Siendo el tema de este artículo sólo el de buscar coincidencias entre Cervantes y El Greco, concluiremos este breve capítulo destinado sólo a comentar el posible paso por Sevilla de nuestro pintor, donde pudo haber tomado contacto con Cervantes, dado que el escritor desempeñaba un cargo que pudo tener relación con la contratación portuaria y el pintor o sus ayudantes se relacionaron con los "*contratadores*" del puerto. Volvamos a Sevilla a agotar los rincones de la historia por donde ambos pudieron haberse encontrado.

No podría extrañarnos algún viaje del Greco a Sevilla en ésta época, si damos por cierto el precio que calcula Fernando Marías en su obra "*El*

^ *Dibujo del Greco.*

Greco"[7], que agradecemos vivamente, de "*20 reales la estampa*", precio que estimamos muy rentable para una actividad de arte menor. Para calcular la importancia de estos veinte reales, tengamos en cuenta que la estancia en la posada de la Higuera, donde se hospedó el Greco en Toledo antes de tener casa alquilada, costaba un real diario[8]; y que el sueldo de Cervantes como Comisario de Provisiones en Sevilla, fue de 12 reales al día, equivalente al valor de dos fanegas de trigo de 1587 en la ciudad hispalense. Por estos datos tendremos que considerar importante el precio de 20 reales cada estampa, teniendo en cuenta sobre todo que, una vez grabada la plancha, podía conseguir el ayudante cerca de una centena de estampaciones en un día. Por el cálculo de ganancias encontraríamos justificado que el Greco se hubiera desplazado a Sevilla en algún momento, tal vez a encontrar el agente portuario idóneo o a negociar los gastos o comisiones de contratación.

Según Vicens Vives, los mercados portuarios se hallaban dominados por unos pocos hombres: "*en el Norte, por los grandes comerciantes de Burgos y de Segovia; en el Centro, por los genoveses; en Sevilla, por éstos últimos y los españoles en reñida competencia...*"[9]. Pudieron haber sido decisivos los años pasados en Italia por el Greco, o el paisanaje de su ayudante Preboste, para la elección definitiva del agente del puerto, que recayó en el genovés Agustín Ansaldo.

A estas fechas, y sin datos documentales que lo afirmen, lamentamos decir que seguimos sin saber si Cervantes y el Greco se encontraron en Sevilla. O si fueron amigos en Roma. O si compartieron tertulias en Toledo "*gloria de España y luz de sus ciudades*", al rescoldo de un brasero en la posada del Sevillano ante los papeles manuscritos de "*La ilustre fregona*", o ante el fuego de una chimenea en el palacio de Villena, contemplando "*Las lágrimas de San Pedro*".

Lo que sí creemos es que el Greco, desanimado por el poco éxito obtenido enviando a Sevilla algunos de sus cuadros, aunque fueran pequeños, y ante el temor de que estas obras suyas se perdieran, decidió comerciar con grabados de menor valor y fácilmente reproducibles, que cubrieran sus gastos mientras no le pagaban. Y que durante esta esporádica actividad, pudo sentirse el Greco disminuido como artista. Y, tocado en su fibra de creador, hizo regresar toda su atención y su espíritu a su Arte con mayúsculas. Y pronunció la frase que recogió Melo de "*antes quiero vivir mísero que embrutecido*". Y abandonó sus obras menores volviendo a sus actividades de grandes obras de arte en "Toledo, mejor patria, donde empieza a lograr con la muerte eternidades".

Pero, Cervantes y el Greco, ¿se conocieron?.

NOTAS

1.- J. Gómez Menor. *Vida y Obra del Greco.* Zocodover. Toledo. 1982.

2.- Manuel Lacarta. *Cervantes, biografía razonada.* Silex ed. S.L. Madrid. 2005.

3.- Manuel Lacarta. op. cit.

4.- Manuel Lacarta. op. cit.

5.- M. B. Cossío. *El Greco.* V. Suárez, ed. Madrid. 1908.

6.- F. B. San Román. *De la vida del Greco.* Archivo Es. de Arte. Madrid.1927.

7.- F. Marías. *El Greco.* Nerea, ed. Madrid. 1997.

8.- F. B. San Román. op. cit.

9.- Vicens Vives. *Historia de la Economía de España.* Madrid.

Retrato de Cervantes, atribuido a Juan de Jáuregui.